



EL ATRIO DE LA CATEDRAL DE CORDOBA.

(VULGO EL PATIO DE LOS NARANJOS.)

El atrio de la iglesia catedral de Córdoba, el mismo que perteneció á este grandioso edificio siendo mezquita, es digno de atención por sus dimensiones, amenidad y magnificencia.

De 642 pies que tiene de largo todo el edificio, 216 á la parte del Septentrion ocupa el atrio, y son los mismos de que consta su anchura de Norte á Mediodía: su largo de Oriente á Poniente es de 462, ancho total de toda la fábrica. Por este atrio se entraba á las diez y nueve naves de que consta la mezquita, las cuales no estando cerradas como ahora, la grandeza del edificio sorprendía toda junta á los que entraban por la puerta principal, ahora llamada del Perdón.

Arrimado á esta puerta estaba el alminar ó torre, grande y alto edificio que labró Abderramen III; y aunque fábrica árabe, mas tenía su forma de romana que de morisca, según la noticia que nos ha transmitido Ambrosio de Morales, que alcanzó á verla antes de su demolición, pues fué casi del todo destruida para hacer la torre nueva. Hasta que se labró esta sirvió de torre del templo cristiano. Dió trazas para elevar la nueva torre el arquitecto Hernán Ruiz, que murió en 1547, determinando demoler el alminar hasta no dejarle mas que 105 pies y aumentando exteriormente su grueso. Llevó Hernán Ruiz muy adelante la obra; pero no pudo concluir, y se hubo de suspender cubriendo la torre con un chapitel de madera, echavado, de figura piramidal, y forrado de hoja de lata, sobre el que había unas gruesas bolas de cobre de las que salta la veleta. Mas habiendo sido derrocado este chapitel, y la torre tan maltratada por un terrible huracán y terremoto ocurrido el 21 de setiembre de 1389, que amenazaba ruina, acordó el cabildo repararla en 4 de marzo de 1593 conforme á la muestra y traza del maestro mayor Hernán Ruiz, y con aprobación de Asensio de Maeda, maestro mayor de la iglesia de Sevilla. Se comenzó á demoler la torre antigua el día 30 de noviembre de 1593 desde la mitad, y jueves 4 de febrero de 1599 se subió la primera campana, aun sin haber hecho el cuerpo destinado para colocar el reloj, y la obra se suspendió en este estado por entonces para acudir á la de la capilla mayor nueva.

La fábrica de esta torre es de sillares de piedra franca, á escepcion

del zócalo en que asienta que es de jaspe azul. Su planta es cuadrada y tiene de ancho por cada frente de su parte inferior cuarenta y dos pies. Su altura es de 332; y consta de cinco cuerpos.

Las campanas son cuatro grandes y ocho medianas, colocadas en el tercer cuerpo, y una muy pequeña en el último. La mayor, que es la de Santa María, pesa mas de 400 arrobas; y son todas tan sonoras y de tan agradable y armónico sonido, que con dificultad se oirá un repique más concertado, alegre y cadencioso.

En el cuarto cuerpo está colocado el reloj y sus dos campanas. Fué construido por Manuel García Pinto en 1747, y la campana de la hora es la mas antigua de todas, pues se hizo en 1485.

Sobre la cúpula se eleva la imagen dorada de San Rafael, custodio de Córdoba, que tiene en la mano un bordon del que sale una pequeña bandera que sirve de veleta en que estan estas letras: MEDICINA DEI, y en el pecho tiene una lámina de bronce en que se dice cuándo se colocó allí, que fué en 24 de mayo de 1664.

Por todos sus lados menos por el del Sur, donde desembocaban las naves del templo, ahora cerradas, está el atrio rodeado de galerías ó soportales sostenidos de columnas y postes á trechos. Algunos han creído que estos soportales existieron en tiempos de los árabes; pero nosotros juzgamos que si hubo pórticos, se limitaron al espacio que ocupa cada una de las puertas laterales, pues las cuatro primeras e. j. juntas de los soportales como se sale de la mezquita, en todo son iguales á la de esta, y las demás muy diferentes; por lo que es de creer que estos soportales se prolongaron en tiempos modernos; pero no podemos determinar la época á la en que fueron construidos, aunque conjeturamos que el de la parte de Occidente, que es el mejor y mas primorosamente labrado, fué por lo menos restaurado en toda su estension por el obispo Don Martín de Angulo á principios del siglo XVI, pues se ven sus armas en él.

La puerta principal del edificio está frente del arco que, como dijimos, se llama de las Bendiciones, y era el que correspondía á la nave central de la mezquita en su primera planta cuando no tenía mas que once. Sobre este arco hizo el obispo Don Fray Juan de Tolosa

6 DE MAYO DE 1855.

en 1355 una decoración de piedra con dos nichos en que se va la Anunciación de Nuestra Señora, cuya imagen está á la derecha, San Gabriel á la izquierda, y en el centro un jarrón de naranjas.

Fué este átrio mejorado y adornado con dos de sus fuentes en 1399, y en 1710 se aumentó el agua de todas, y se le dió mayor peso, con lo que fué mas embellecido. Es indudable que estuvo poblado de árboles en tiempo de los árabes, pues uno de sus escritores del siglo XIII tratando de la mezquita de Córdoba dice así: «La aljama de Córdoba, restituyóla Dios al Islam, fué obra de los reyes Omeyas que la hicieron á competencia de la de Damasco: se entra en ella por un átrio espacioso lleno de árboles frutales, palmas y naranjos, con copiosas fuentes de agua que corre entre flores y yerbas debajo de los naranjos para recuerdo de las amenidades del Paraíso.»

No es de creer se despojiase del todo este bello parque en tiempo de los cristianos; mas ya le faltarian algunas plazas cuando á principios del siglo XVII se plantó en el cielo número de naranjos, como testifica en su obra de agricultura Gabriel Alonso de Herrera. En el dia pasan de ciento las plantas que tiene entre naranjos, cipreses y palmas.

Cuánta sea la celebridad de este átrio prueba el caso que refiere Don Antonio Ponz en su viaje de España. Hallábase en la posada de un pueblo próximo á Teruel cuando vió llegar seis ó siete hombres en arrogantes caballos, vestidos, como él dice, á la última majería, con sombreros blancos y armados de espadas anchas, los cuales al entrar en la posada dijeron á una voz: *¡alabado sea el patio de los naranjos!* salutación estraña, que de nadie fué entendida. Don Antonio Ponz, que tuvo por benditos á aquellos jaques, se puso en camino muy temprano para Teruel procurando alejarse de ellos; mas hallándose en esta ciudad, pasaron por delante de la casa en que estaba, y supo que eran locotes andaluces que iban á torear á Pamplona; pero aunque supo qué gente era la del saludo, no pudo resolver el enigma del patio de los naranjos hasta que vino á Andalucía.

LUIS MARIA RAMIREZ Y DE LAS CASAS DEZA.

EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE,

CONSIDERADO

en la poesia lírico-erótica de los provenzales.

ARTÍCULO CUARTO.

Como todos sabemos, es la literatura la manifestación poética de los sentimientos ó ideas del hombre. No perdamos de vista esta definición: es muy importante para resolver ciertas cuestiones literarias, y en particular eso de las literaturas populares y literaturas eruditas; ó en otros términos, la tan debatida y manoseada cuestión de los clásicos y románticos. Que los sentimientos del hombre culto, tierno, ignorante, y sus ideas sean iguales á los sentimientos ó ideas del hombre culto, instruido y hábil en la ciencia; es decir, que las manifestaciones de su actividad moral ó intelectual tengan en el primero el mismo grado de desarrollo que adquieren en el segundo, esto es un absurdo, un imposible. Existe pues entre ambos tipos humanos y la clase que cada uno de estos tipos representa una línea divisoria. El terreno, el círculo social donde el uno se mueve, es radicalmente distinto del terreno y círculo social donde se agita el otro. Son dos mundos opuestos: dos elementos distintos como el agua y el aire, en medio de los cuales cada uno de ellos vive. Y esto no tiene nada de particular, nada de extraño. Las fuentes naturales, los manantiales de estos sentimientos, de estas ideas, no son, no pueden ser los mismos para ambos. Y como siempre ha habido y habrá esas dos clases de hombres de que hablamos, esas dos categorías sociales que son las únicas que nosotros reconocemos, esa aristocracia y democracia de los hechos metafísicos, siempre ha habido y habrá dos manifestaciones especiales distintas y bien marcadas de estos hechos. Siempre también ha habido y habrá dos especies de literaturas, de ciencia, de arte, dos especies, en fin, de manifestaciones de la actividad moral ó intelectual humana: la de los hombres ignorantes é incultos y la de los hombres cultos y sabios.

Limitando ahora la extensión de nuestra raciocinio, reconoceremos igualmente en el vasto campo de la ciencia literaria—que lo es y muero, y pesa por sí mismo á nuestros adversarios—dos manifestaciones independientes una de otra, particulares é individuales: la manifestación espontánea, libre, franca é ingenua del pueblo, de eso que llamamos *vulgo*, y la manifestación sujeta á reglas y leyes, humilde y esclava, artificial y compuesta que no es otra que la manifestación elevada y

científica de la gente que llamamos *sábios*. Es decir, literatura romántica, de *roman* ó *romance*, de cuento y novela, y literatura clásica de estudio y perfección, de verdad pura y abstracta. ¿Cuál de ambas manifestaciones es la mejor? Lo ignoramos completamente. De esta, como de otras muchas cuestiones científicas, puede decirse aquello de Horacio:

Grammatici certant, et adhuc sub judice lis est.

Ambas tienen virtudes y atributos que nos las hacen igualmente recomendables. Ambas son útiles, necesarias, indispensables al arte, y contribuyen á su progreso y perfeccionamiento, cada una en su esfera y con los medios que halla á su alcance. Solo diremos, porque así encaja á nuestro objeto, que la primera de estas dos clases de literaturas, la literatura popular, por esas mismas calidades de espontaneidad, sencillez y franqueza que nosotros le reconocemos, y creemos tiene en efecto, nos manifiesta con mas verdad y pureza los sentimientos de la humanidad. Porque el hombre natural y sencillo habla como piensa, y dice lo bueno como lo malo, y lo dice como se lo viene á las mentes, como lo decía limpio y llano el Cid Campeador, sin anhelo de agradar y sin miedo de herir. En este hombre no hay duplicidad, no hay malicia; en su corazón no cabe un sentimiento falso, mentiroso, inícuo; en su mente tampoco halla cabida una idea engañadora y fraudulenta. Y consiste esto en que lo que sale del corazón del hombre que no ha aprendido á mentar—que para todo tiene menester de un aprendizaje—es natural, puro y cristalino como el agua que mana de la fuente. *De la abundancia del corazón habla la boca*, dice oportunamente un antiguo adagio nuestro.

Este mérito de la sencillez es una propiedad de la literatura popular, que posee en alto grado la nuestra, y del que carece la erudita. Y no hay para qué negarlo: la propiedad especial de que hablamos da á la primera literatura una notable superioridad sobre la segunda. La superioridad de examinar las bases sobre las cuales descansa el edificio antes de pasar á averiguar las partes de que se compone y la armónica distribución de estas. Es la ventaja del principio sobre la consecuencia, del análisis sobre la síntesis. Es un hecho, el de sentimiento, uno, igual, permanente, originándose siempre de un mismo principio y por iguales causas, y manifestándose con casi iguales caracteres, puesto en parangón con otro hecho, que es el de la idea, mixto, complejo, sujeto á accidentes y circunstancias, modificable y variable hasta lo infinito. He aquí cómo la literatura popular, naciendo del sentimiento, no de la idea, del corazón y no de la esbaza de un pueblo, es un hecho sano, natural, libre y espontáneo, á la par que uno y permanente; porque es una verdad, hasta la saciedad repetida, que jamás varia ni se cambia esa serie de sentidos de un pueblo que forman su carácter moral. Podrían modificarse alguna tanto, *accidentaliter*, por decirlo así, y seguir como todo lo humano el lento y progresivo curso de las cosas; pero desaparecer ó sustituirse á otros, jamás. Esto está fuera de las leyes humanas. Si es cierto aquello de que *gusto y figura hasta la sepultura*, no lo es menos, que en sentido opuesto, las ideas que tenemos hoy no son quizás las de ayer. Y la humanidad es el hombre.

En este sentimiento natural y perenne, tozco y rudo tal cual es, fundamos nosotros la literatura popular, el romanticismo, que colocamos en el Paraíso terrenal, en las primeras palabras de nuestro padre Adán. Y no ha de extrañarse nadie que nos riamos á carcajadas cuando se nos señala el nacimiento del romanticismo moderno en la literatura francesa, por ejemplo en Victor Hugo; que antes de Victor Hugo está Rabelais, y antes que Rabelais están en el mediodía de la Francia los trovadores y en el norte los *franzeros*. Eso de *predicar* por ahí que todas las literaturas nos presentan tres épocas: la época de la literatura popular, ó sea su nacimiento; la época de la literatura erudita, ó su formación, y la época de fusión de ambas y predominio de la erudita, ó su constitución definitiva, todo eso que por ahí se dice es una solemne vulgaridad. La misma ó poco más ó menos literatura popular, y para nosotros romántica, existe hoy en nuestra España, y en el año 55 del siglo XIX, que existía en nuestro suelo en los viejos tiempos de Fernán González y del Cid. La diferencia está en una cosa tan solo: que ahora solemos conocer y aun designar con el dedo los autores de la literatura popular, al paso que nos son en su mayor parte desconocidos los autores de aquella antigua literatura.

Nada mas fácil que comprobar con un ejemplo esta verdad. ¿Qué representa el teatro en nuestra moderna literatura? Lo que los antiguos romances: la vida pública y privada de la sociedad bajo todas sus facetas y aspectos. El teatro moderno, como el antiguo romance, son sin duda alguna de todas las manifestaciones literarias del arte, la mas sencilla y llana, la mas familiar é ingenua. Mas en la época en que se escriben los romances en España, ¿no existe también otra manifestación artística mas severa y elevada, mas artificiosa y compuesta? ¿Y cuál es esa manifestación? La manifestación erudita, la manifestación clásica greco-latina. Así que, mientras en el siglo XVI,

Lope de Vega, Quavedo, Góngora, Esquilache, Lláño y otros mil poetas empujan su elevada y á veces colosal estatura hasta reducirnos á la talla común de los poetas populares, y escriben romances para el pueblo y se unen y asocian á él; mientras eso pasa por un lado, por otro Garcilaso, la Torre, Riquelme, Herrera y los poetas eruditos hacen varios á veces á lo Petrarca, con frecuencia á lo Pindaro, á lo Horacio y á lo Virgilio; y fray Luis de León, tan sublime poeta como eminente prosista, al escribir en castellano sus *Nombres de Cristo*, su *Perfecta casada*, su *Exposición del libro de Job*, pide humildemente perdón á sus lectores de hacerlo en una lengua que no es la latina.

Hé aquí pues la manifestación clásica del arte caminando desde el principio al lado de la manifestación romántica, luchando constantemente con ella, venciendo ó siendo vencido, elevándose en el siglo XVI, aunque por distinto camino, á la misma altura en que esta última se halla. Y cuenta que este siglo XVI es entre nosotros el siglo de oro de la literatura popular. Pero ¿y á qué remontarnos hasta pasados siglos? ¿No nos ofrece el teatro moderno, como ya lo hemos apuntado, esas dos diferencias de manifestación artística que constituyen las diferencias de literatura de que venimos hablando hace ya más tiempo de lo que habiéramos deseado? Y en el actual arte dramático español ¿qué representan ahora entre nosotros, por ejemplo en Madrid, los teatros de la Cruz, del Príncipe, de Variedades por un lado, y los de Ulloa, Génio y plaza de la Cebada por otro? Al hombre de bien, al *bonus vir*; —y sin elusión— al pobre diablo en fin que vaya á la buena fe, lisa y llanamente á estos teatros, ¿podrán exigirse acaso los mismos grados de educación artística, ó mejor dicho estética, que al crítico inteligente, al sensado Larra que siembra su alíva plantá en estos últimos? No es esto decir sin embargo que los que asisten á los teatros más puestos en arte sean todos inteligentes y Larra; que después de la muerte del sabio crítico de *Anthony*, el *Trovador* y *Los amantes de Teruel*, los virtuosos dramáticos son tan raros como á la presente los días de honra. En cambio, á la linpia y pura raza de los Larra's ha sucedido la bastardía y sucia de los pollos, con el apéndice generador de gallos, que á falta de inteligencia tienen osadía y balbucean disparates. Lo cual prueba, en último análisis, que si en unas cosas la humanidad progresa, en otras retrocede espantosamente.

Pero en fin, aunque el sábio no aprueba y el necio aplaude, como dice el fabulista, lo cierto es que existe grande, notable diferencia entre los teatros elegantes y los teatros rústicos: diferencia que prueba lo que decimos de las dos clases de literaturas existentes en los modernos como en los antiguos tiempos.

Establecido esto, con toda la fatiga que requiere la abundancia de razones necesarias al apoyo de una idea nueva, siquiera sea esta de muy clara y evidente, pero que tenga que luchar con otras ya acreditadas, y sobre las ruinas de estas asentár su trono, conveniente y por-demasiado justo es ahora, que á la literatura provenzal y en el exámen de la manifestación épica de esta literatura, expliquemos los nuevos principios que acabamos de proclamar.

Esas dos distintas y opuestas manifestaciones del sentimiento y pensamiento humanos que reconocemos en todos los pueblos y en todas las literaturas, se hallan igualmente en la provenzal. Es un hecho incontestable y cuya existencia nos parece haber explicado ya satisfactoriamente. Las dos primeras manifestaciones literarias de que hemos hecho mención en los anteriores artículos, las manifestaciones lírico-erótica y satírica pertenecen desde luego á la literatura rústica. El trovador de Provenza no es un rusiguiera, un *quidam* que desceño de vida holgada y aventurera, desceño de *voir sobre el país* como se dice vulgarmente, abandona sus hogares y se lanza alegre á gozar del mundo. No: en Provenza no habían aun llegado en aquella época las cosas al mísero estado en que ahora las vemos. No: aun había en aquellos hombres más decoro, más dignidad, más pudor que entre nosotros. Aun no se sentaba plaza de trovador, como ahora se sienta de escritor, de literato, de periodista, de hombre público.

Para ser verdadero trovador, es decir, para ser poeta, era preciso ser hombre instruido y culto: se necesitaba una serie de estudios formales, una educación literaria completa; el que antes de adquirir el honroso título de trovador se sentía animado del sacro fuego de la poesía, del fuego que para ellos solo en los impuros atáres de la madre Venus, como dice Lucrecio, ardeía presuroso á las nauas escuelas clerales ó moncales, ótras existentes en Provenza en esta temprana edad, y cursaba sus años de carrera poética. Estudiaba lo que entonces era costumbre, la gramática, la retórica, la dialéctica, la música, la poética, la aritmética, la geometría, etc., etc., ó en términos escolásticos, el *trivio* y el *cuadrivio*. Templada de este modo su masa poética al doble fuego de la inspiración y de la ciencia, desarrollado y educado su ánimo por medio de esta, se hacía más fecunda y adquiría mayor vigor y flexibilidad. Y nada prueba tanto lo que decimos acerca de los estudios y erudición clásica de los trovadores como la metáfora de que usan en sus poesías.

El carácter principal de esta metáfora es la rima y sus infinitas y caprichosas combinaciones; y sabido de todos es que la rima ha pasado del latín á las literaturas modernas. Eso que dice por ahí esa insipiente turba de artificiales grandiosos, de que la literatura árabe ha pasado toda entera con armas y bagajes á la provenzal, que la ha formado y educado casi si fuera un niño infante, y le ha infundido, como suele verificarse el que enseñan en el que es enseñado, sus ideas y la forma que las viste, todo eso es un disparate, un error. A quien nos dice semejante papayucha le contestamos con aquello de que á otro perro con ese hueso. De que los provenzales hayan cantado los placeres del amor y del tiempo y las galas de la bella naturaleza, y lo hayan cantado con frecuencia en versos octosílabos, no puede, no debe inferirse que lo han hecho á imitación de los árabes: que esto equivaldría á asentar que descendían por línea recta de la literatura árabe todas las demás literaturas de Europa. Y esto no: esto es turco y no lo crea.

(Continuará.)

ANTONIO DE AQUINO.

RECUERDOS ORIENTALES.

I.

El que haya tenido ocasión de visitar las vecinas costas africanas, desde Tánger hasta Trípoli, y especialmente los centros de población beduina que se hallan en el interior de las regiones de Marruecos y Trípoli, y en lo que hoy se llama Argelia; y antes ó después haya observado las costumbres de los hombres que habitan en nuestros pueblos y aldeas de Andalucía y Murcia, con especialidad en las asperezas de los montes y sierras, habrá notado los infinitos puntos de contacto que se hallan en las costumbres de ambos pueblos; costumbres que, aplicadas hasta á la diferencia de creencias religiosas, guardan grande armonía, si bien por esta causa han desaparecido de entre nosotros las repugnantes escenas á que da lugar la poligamia y á desenfreno de las pasiones, halagado por las lunetas máximas del Korán. Sin embargo, los árabes de hoy conservan la misma urbanidad que los aconsejaban sus *Tolbas* en los tiempos que habitaban las fértiles campiñas de Andalucía (1), y en su trato social ofrecen la misma sencillez, las mismas particularidades que distinguen á nuestros campesinos de los puntos que hemos referido. Parece que hasta el traje guarda completa semejanza para acercarlos más al símil que nosotros encontramos, porque en efecto el uso de los sarraucos ó calzoncillos blancos que se conserva en mucha parte de Andalucía, y en las huertas de Murcia y reino de Valencia, es el mismo de los árabes, apellidando también *sarrauc* á esta parte de su vestido. La faja ó cinturón con que se sujeta á la cintura este calzoncillo, es también prenda indispensable en el *beduino* que se dedica á la agricultura y á la guarda de ganados: la manta abigarrada de nuestros andaluces y murcianos y las de casidas de los valencianos y allicantinos, son el *jaic* de los musulmanes; y hasta el nombre que lleva esta manta en alguna de las poblaciones de Andalucía es conservado del que tuvo el *jaic* en los mismos puntos durante la dominación sarraucena: llámase en Almería y su comarca *jaida* á una manta larga, cosida por medio y por una de sus puntas que sirve para abrigar al hombre, para cubrir con ella al caballo, y para conducir viandas ó frutos de los campos; y nosotros hemos visto que en las tribus que habitan las inmediaciones de *Mascara* y *Sidi bel Atlas* en Argelia, que descienden con orgullo de los Gomeles y *Zenetes* de Granada y Almería; llaman á sus *jaiques* abigarrados *jaic-el-jaidi*. Esta denominación se encuentra en un autor árabe aplicada á los vestidos que se tejían en Almería, y que por su mucha decoración se llamaban *jaidi*, que es lo mismo que *esternos*. La costumbre de llevar siempre la cabeza cubierta, bien con un pañuelo á guisa de turbante, bien con un gorro de lana ceñido enteramente al cráneo, en términos que esta costumbre se halla recibida como indispensable para la higiene, es derivada en nuestro juicio de la disposición musulmana que ordena llevar siempre la cabeza cubierta, ya con el *gimama* ó turbante, ya con el *schaschia* ó gorro encarnado.

Creemos que no deja de ofrecer interés la comparación de las costumbres de ambos pueblos, tal como se advierten en la actualidad, y por lo mismo vamos á presentar los puntos en que guardan más semejanza, y que tienen relación con la urbanidad y trato social de nuestros campesinos, á quienes no dudáramos en llamar *beduinos* de nuestra patria, si esta voz fuese por todos aceptada en su verdadera significación, que no es otra que habitante de una región separada de las poblaciones: voz que equivale á la de *sarrauc* entre nosotros; porque se aplica al hombre que habita la sierra, separado algun tanto de los pueblos á ella cercanos.

(1) Nombre que daba á España los árabes.

Lo que mas fuertemente se halla arraigado entre nuestros labradores es la idea religiosa, por lo cual no hacen cosa que no vaya acompañada de alguna palabra ó de algun gesto que indique que aquella acción necesaria de la voluntad de Dios para que sea perfecta. No se hablarán de seguro dos campesinos sin que la primera palabra de la salutación sea *Dios te guarde*, en vez de *buenos días*, que es acostumbrado entre gentes de mas cultura; así como tampoco se encontrarán dos musulmanes sin darse el consabido *Salam g'alaic* que equivale á aquella frase. No responderá un logareño á una acción de reconocimiento por la palabra *gracias*, de las gentes acomodadas, sino que pronunciará el *Dios se lo pague*, ó *Dios se lo aumente*, locucion que traduce literalmente el *ag'atac-al-lah* de los beduinos.

Difícil será que cualquiera persona regular, aun de poca representación en los pueblos, deje de ser saludado á su paso por todos los que se cruzan inferiores á ella, sea en fortuna, sea en conocimientos, ya se emplee la palabra de vaya usted con Dios, ya se use de un signo de cortésia: y entre los árabes sucede puntualmente lo mismo, oyendo el *salam g'alaic*, ó dirigiéndose el inferior á besar la mano del superior, ó besando la frente ó la espalda de este si es persona que se halla ó considerada en dignidad, ó que pertenece á los hombres respetables por sus virtudes, á quienes unos apellidan *Marabus* y otros *Tolbas*, pero que ocupan el lugar de sacerdotes.

En una reunion cualquiera se presentará un campesino, y la primera palabra será la salutación con Dios para todos los circunstancias, á la cual todos responderán, interrumpiendo por un momento la conversacion; y esta costumbre es tan fuertemente guardada entre los africanos, que involuntariamente se les desvía el *Salam g'alaicim*, salutación en plural, y el *ua g'alaic os salam*, que es la derivacion de la misma salutación, correspondiente á nuestro *y á ti tambien*.

En medio de las conversaciones de nuestros labradores se oyen infinitas interrupciones, bien para dar gracias á Dios, bien para interponer su influjo en el resultado de las narraciones que los ocupan; y estas palabras que podremos llamar sacramentales, las oímos constantemente en boca de los adoradores del islamismo. No dirá jamás un musulmán *hey Dios*, si no añade *si Dios lo permite*; así como nunca dirá *disfruto de salud*, si no perfecciona la frase con el *hoyde ill-lah, por la gracia de Dios*. Al hablar de las cosechas y de los campos, nuestros labradores están siempre el influjo del poder de Dios en su buena ó mala calidad, en su abundancia, ó en su pérdida, y el beduino jamás dice que ha tenido una cosecha en su campo, sino que Dios le ha concedido el fruto de sus tierras. Podrá decirse que todas estas ideas hallan su fuente en nuestra sacrosanta religión, que como única verdadera contiene los principios saludables en que se han basado las demás sectas que otros pueblos profesan. Nosotros conocemos que en efecto el origen de estos pensamientos se halla con mas arraigo en el catolicismo; pero como advertimos que otros pueblos tienen costumbres diferentes, sin que hagan tanto uso del fanatismo religioso, y aun que por eso dejan de pertenecer al gremio de nuestra querida iglesia, creemos que se reflejan mas los usos de nuestros labradores en la tradicion de nuestros antepasados los árabes, tradicion que este pueblo ha conservado lo mismo al través de doce siglos.

En otros artículos continuaremos nuestras comparaciones, en las diferentes escenas de la vida social y doméstica de ambos pueblos.

MARCEL MAJO DE MOLINA.

ORGANOS MECÁNICOS CON CILINDRO,

RELOJES ORGANIZADOS Y ORGANOS ESPRESIVOS, ETC. (1).

Todo lo que precede se refiere á los órganos propiamente dichos, á los órganos con teclado manual, que se tocan al modo de un piano. Pero la industria del hombre ha conseguido sustituir á las manos y pies del organista un mecanismo ingenioso movido como el de un reloj, ya sea á favor de un muelle ó de un peso, y por este medio se puede así producir un efecto equivalente al de una orquesta entera de instrumentos de viento. Todas las personas que hayan tenido curiosidad de mirar por dentro un organito de péjaro, ó bien una de aquellas máquinas portátiles y ruidosas que con tanta frecuencia cierta raza de músicos ambulantes puebla por nuestras calles, habrán podido observar que su principal agente es un cilindro guarnecido en toda su superficie con púas y puentes de alambre, movido á favor de una rueda y de un manubrio que mueven simultáneamente un teclado. Las

púas de alambre, dispuestas de modo á ofrecer una fiel escritura de todos los signos musicales de la escala, imprimen al teclado colocado encima los mismos impulsos que recibiría por los dedos de un organista. Si en vez de ser impulsados mediante un manubrio y el brazo del hombre, cilindro, fuelle y teclas se mueven á favor de un rodaje de relojería con muelle ó peso, resultan aquellas admirables máquinas llamadas vulgarmente *relojes de música*, ó mejor *relojes organizados* ó *órganos mecánicos*, pues que el reloj que las adorna lo mismo que las figuritas son un accesorio á esta clase de artefactos. En la parte del gran ducado de Baden que se llama comunmente Selva Negra, no lejos de los manantiales del Danubio, es principalmente donde se construyen todos aquellos relojes organizados, tan conocidos en el dia hasta en América, y que adornan nuestros cafés y borchaterías. Solo de unos 46 á 48 años á esta parte han recibido estas ingeniosas máquinas la perfeccion de que gozan en el dia, pues antes estaban reducidas á un juego sencillo de flautas de madera ó de estaño, ó cuando mas á dos registros que era necesario abrir y cerrar con la mano. En los relojes organizados modernos, al contrario, hay varios registros imitando diversos instrumentos de viento, que se abren y se cierran por acción de mecanismo propio. Es admirable el modo con que el arte mecánico ha llegado á perfeccionar progresivamente esta clase de industria, desde el organillo sencillo de péjaro con manubrio del precio de tres duros, hasta el gigantesco Panharmonicon, que imita toda la música militar y se vendió en 130,000 francos. Entre los diversos relojes organizados modernos que desde el año 1850 adornaban los principales cafés de esta corte, se deben distinguir por la brillantez de sus voces y la perfeccion del mecanismo las obras maestras de los hermanos *Blessing* conocidas y apreciadas en toda la Europa y hasta en los Estados- Unidos de América. Tales principalmente el órgano magnífico con sus doce registros y catorce cilindros de sifonías, que los inteligentes filarmónicos oyeron en el año 1850 con tanto gusto en el local del teatro de Buena Vista, calle de la Luna, donde lucia algo mas que en el café nuevo (hoy del Iris) de la calle de Alcalá donde se colocó en seguida por algun tiempo. El dueño actual de este hermoso instrumento es el señor D. Francisco Orlandó. La mayor parte de dichos relojes de música fueron vendidos por el relojero alemán *Hofmeyer*, que vive en la calle de la Cava Baja, y posee todavia un hermosísimo instrumento tan perfecto como el anterior y mas moderno, adornado con un cuadro de mérito, y cuyos efectos manifiesta á los aficionados con la mayor complacencia. Sin embargo, para completar la orquesta de instrumentos de viento faltan en dichas máquinas la trompeta, el bombo y platillos, que me acuerdo haber oido en algunas otras análogas de mayores dimensiones, y principalmente en el citado *Panharmonicon*, que se manifestó en París por primera vez en 1807 y que ha vuelto á ver amplificado en 1825, cuando su constructor el ingenioso maquinista alemán *Maelzel* se lo llevó á Londres. El Panharmonicon es una máquina elegante de 14 á 15 pies de alto, vistosamente adornada con las figuras de los diversos instrumentos que componen la orquesta militar, cuyos efectos imita tocando con una precision y expresion admirables varias sinfonías de Haydn, Mozart y otros maestros famosos. Su teclado de acero de 153 teclas hace tocar 120 instrumentos imitando una orquesta de sesenta músicos. Tiene cinco rodajes, dos fuelles y once cilindros. El laborioso autor construyó sucesivamente cuatro instrumentos semejantes. El mas perfecto existe en París y pertenece á Mr. *Delessert*. Otro se halla en poder del príncipe de Leuchtemberg en Munich; el archiduque Don Carlos de Viena posee el tercero; y el cuarto fué vendido en 130,000 francos á la ciudad de New-York en los Estados- Unidos de América. El ingenioso artista *Maelzel*, muerto en 1825, está conocido por otras varias invenciones, y principalmente por el *metronóm* que anda en manos de todos los profesores de música, y un autómatu bailarín de maroma y otro autómatu jugador de ajedrez. El mismo acertó el primero con la embocadura verdadera de la trompeta por mecanismo de lengüetería, como se acordarán aun muchas personas cuando en el año 1820 el físico *Robertson* acompañado del indio (malayo perisiese) *Cosoué*, trajo á Madrid su autómatu trompeta que tuvo el honor de manifestar á presencia de la familia Real. En el número 89 del interesante periódico francés intitulado *L'illustration* del año 1845, hallará el curioso lector un hermoso dibujo de este magnífico instrumento.

El *Componium*, que en la misma época se manifestó igualmente en París, es otro órgano mecánico tambien de construcción alemana; bastante análogo al anterior, algo menos grande, y tocando tambien con la mayor perfeccion sinfonías y otras piezas de música de varios maestros hasta Rossini inclusivamente, haciendo en igualmente todos los instrumentos de viento, con bombo y platillos, pero con unos estruendo que el Panharmonicon. El célebre pianista *Moschelles* escribió sus bellísimas y diénesisimas variaciones militares expresamente para esta máquina, cuyo nombre recuerda cierta charlottería. Profundista en efecto que el instrumento mismo era capaz de componer variaciones sobre los temas que se le propusiere; pero los inteli-

(1) La mayor parte de estos organitos portátiles halla (inserto en un artículo) en el número 244 y 245 (jun. 1871) de un antiguo periódico (que conocí de la época en el título de *Carpa*) que en sus columnas se ocupaba de las cosas de la ciencia y de la vida social en la época de la restauración de España.

gentes bien sabían que todas las piezas de música que tocaba se hallaban notadas ó picadas de antemano en los cilindros, como sucede en todas las máquinas análogas. Críticos hubo que extrañaron poco el que hubiese máquinas compositoras, habiendo en el día tantos músicos óótras máquinas.

El célebre artista *Blessing*, en el gran ducado de Baden, construyó también otra máquina gigantesca de música que llamó *Orquestrion*, la cual por sus dimensiones y efectos debía ser bastante semejante á las dos anteriores, y cuyo precio subió á cerca de doce mil pesetas duros. Además de las muchas sinfonías y otras piezas de música que tocaba espontáneamente después de haberle dado cuerda, goza dicha máquina de la preciosa ventaja de poder ejecutar en ella á favor de un doble teclado todo lo que se quiere como en un órgano manual regular. Esta particularidad me recuerda una de las empresas más gigantescas y más raras de este género, que ejeculó antiguamente un organista de Arlés en la Francia meridional. Mandó construir un rodaje con unos treinta cilindros enormes que aplicó al teclado principal del órgano grande en la catedral de dicha ciudad. Se había notado en los cilindros cantidad de sinfonías, fugas, misas y otras piezas de música sagrada y profana, y el organista no tuvo otro cuidado que tirar los registros convenientes y cambiar los cilindros. Este precioso órgano, que podía ejecutar más que dos organistas hábiles, fué destruido á principios de la horrosa revolución francesa del siglo anterior.

(Continuará.)
JUAN MIEG.



(Mad. de Pompádour.)

LA CORTE DEL ALMIRANTE.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL.

POR D. VENTURA GARCÍA ESCOBAR.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO VII.

(Conclusión.)

—El duque obró con hidalgía y generosidad acogiendo á los buenos en la desgracia y la flaqueza. Y el cardenal, que no siente hervir en sus venas la generosidad española, se vengó mezquinamente, des-

haciendo sus esperanzas de felicidad y arrebatándole el ídolo de su corazón.

—Vais demasiado lejos, y habláis con la pasión y no con la razón.

—Estoy con el dedo en la llaga. Pero no es todo el mal para mi señor. Pues por lo que hace á la cuenta pendiente con su eminencia realista, me pienso que ha de cobrar con las selenas. Y en cuanto á sus puridades con la melancólica condesa, la cartera de antes dice más de cuanto nos conviene saber.

—Elvir, Elvir, no rayáis á dar en imaginaciones temerarias sobre el recato de una dama sin ventura.

—Quédese cada uno en su lugar, y dad rimas á vuestro encargo, cual cumple á un servidor caoso y bien querido; que de lo demás Dios dirá.

Callaron ambos interlocutores, quedándose embebecidos en diferentes pensamientos. Elvir, conseguido su objeto de arrancar al escudero el secreto de su mensaje, y con él, por racional discurso, la mediación de la condesa en los intereses del duque, se prometía con esta cabo caminar al lado de su señor por el arriesgado laberinto de la misteriosa aventura. Y Mendaya, preocupado de que se desahaciera de este diálogo, solamente deseaba deshacerse cuanto antes del insinuante y peligroso doncel. No obstante, ya que la suerte había deparado su encuentro, proponiase sacar partido de él, para procurarse la entrada en Tordehumos sin riesgo ni mal paso. Pues como los tiempos eran de guerra, y la villa el cuartel general del de Giron, además de su residencia ordinaria, guardábanse sus muros y portillos con celosa exactitud, y no era cosa de poco momento penetrar en aquellos reales sin ciertos pormenores que no podían cuadrar á la misteriosa misión y necesario incógnito del disfrazado escudero. Determinóse pues á valerse del pajecllo, puesto que la condesa había encomendado á su discurso el modo de introducirse en la bien guardada plaza, y colmarse así del secreto que se dejara arrancar mal de su grado é intención. Ocupábase en la manera de entrar al jóven por el particular, y devanábale la no muy fecunda mollera, cuando aquel le vino á poner en la mas apetecible coyuntura, tomando así á la plática:

—Bazon es, mi viejo camarada, que me manifeste obligado á las confidencias que os he merecido, y holgárame de una propicia y no tarda ocasión.

—El escudero vió el cielo abierto, como decirse suelo, al oír este ofrecimiento, y se decidió á aprovecharle con franqueza patriarcal.

—De lumbres honrados es por cierto, contestó á renglón seguido, acordarse mutuamente; y en Dios y en mi ánimo, os favorece vuestra voluntad tanto mas, cuanto pudiera bien ocurrir el ponerla á prueba antes de lo que pudieras imaginar.

—Siempre que esa prueba no se oponga á lo que todo bien nacido debe á su fé y á su señor...

—Al contrario, Elvir; pudiera redundar en su mejor servicio y aumento.

—Todo soy oídos.

—La cosa es breve y compendiosa. Me proporcionais la entrada en Tordehumos, por vuestra cuenta y riesgo, hasta la persona de vuestro amo?...

—¿Para quién?...

—¿Escusada pregunta!... Para mi señora doña Ana de Cabrera, condesa de Mógica, etc., etc.

—Eso es hablar en razón.

—Bien caro os daís, cuerpo de tall...

—Yo me entiendo, y Dios me entiendo. ¿Y por cuánto tiempo habeis de estar en la villa?...

—No lo sé.

—Ni yo comprendo.

—Vengo á las órdenes de don Pedro Giron.

—No hablémos mas del asunto. Corre de mi cargo el buen éxito de vuestro mensaje. ¡Os toca tan solo callar y dejarme decir!

—Esto de contado cae en un pozo.

—Tan hondo y oscuro como las calderas de Pedro Botero.

—Es negocio concluido.

—Amen.

A corto rato después llegaron nuestros dos caminantes á los muros de la villa, y tomando la derecha, se desaharon en busca de una poterna que aun se vé hoy en la cortina mas próxima á la vetusta y amenazadora fortaleza.

CAPÍTULO VIII.

TOROS Y CAÑAS.

Mientras la condesa calcula los resultados de su confesion, el almirante espera la respuesta del padre definidor provincial, y en su solitaria celda tambina los sutiles hilos de la madeja de su ambicion, bueno será engañar el tiempo del modo mas sabroso y entretenido. No creámos pues haya otro mas á gusto de nuestros lectores que

en Dios, lo hallará propicio, pues es padre de todos; pero lo es con especialidad de los desacomparados; para estar pura y dispuesta á parecer en su presencia, bastan las buenas disposiciones y este agua bendita que le absuelve.

La señora persiguió á la moribunda con sus dedos aun húmedos del agua bendecida.

Entonces la moribunda levantó sus grandes y puros ojos al altar, y una espresion de éxtasis se esparció como un rayo de sol en su rostro, que lo volvió sublime como el de una de las vírgenes mártires, joyas del cristianismo que tuvieron la gloria de ayudar á cimentarlo.

—Señora, dijo con apagada voz; Dios os premie la caridad que conmigo habéis ejercido! Yo tenía miedo, ah! mucho miedo! ya no lo teogo, aunque sé que en breve... me acostarán... en un hoyo oscuro y frío... que se irán... y allí me dejarán sola, sola... pero vos me recordáis la oración que me enseñó mi buena maestra para no tener miedo, y la que ahora brota de mi corazón á mis labios.

A acostarme voy
Sola sin compañía;
La virgen María
Está junta mi cama;
Me dice de quedo...

La infeliz no pudo seguir, y Justa, que recordó con viva emoción esta misma ingenua y santa oración infantil que la enseñara su madre, la concluyó añadiendo:

Mi niña reposa,
Y no tengas miedo
De ninguna cosa.

—¿Sois mi madre la Virgen? dijo la pobre niña, cuyos sentidos turbaba ya la muerte, fijando en Justa sus ya quebrados ojos.

—No, no lo soy, hija mía, pero puede que la señora me haya enviado para auxiliarte.

—Sí, sí; lo sois, murmuró la agonizante; madre... madre mía... conducid mi alma á vuestro hijo, pues... en él creó... á él amo... en él espero.

—Que te ha de perdonar y salvar, amén, oró Justa al recibir sobre su seno el último suspiro de la infeliz niña.

En este instante entraron precipitadamente el cura, el sacristán y otras personas que se apresuraron á llevarse el cadáver á la sacristía.

Justa quedó postrada ante el altar: las lágrimas la ahogaban, y un temblor vehemente agitaba sus miembros; sus manos que alzaba al altar se cruzaban convulsas. El profundo dolor que causa la lástima, que no halla mas refugio que en Dios, la hacia elevarse con exaltación hácia aquel que todo lo recompensa, hácia aquel que siendo todo amor es el sublime íman del corazón amante.

Maesu delicada organización moral y física no pudo resistir á la impresión que la desgarradora escena en la que su valor de católica le dió fuerzas para actuar tan caritativa y valerosamente, habia producido en ella... Se sintió indispuesta, y se levantó para volverse á su casa.

Cuando salió de la iglesia ya el sol campaba en el cielo, radiante, despejado como el rey de la alegría; pero el alma de Justa estaba triste hasta morir. La imagen de aquella suave y hermosa niña que en su agonía habia visto presa de las mas crueles torturas corporales, mientras su alma era la mansion de los mas puros y dulces sentimientos, la conmovian en opuesta manera del mundo mas violento. Habíase apoderado de su alma una de aquellas profundas y lúgubres tristezas, que tan estrecha, tan negra, tan rodeada de horrores hacen al alma su cárcel; una de esas angustias tétricas y agitadas, que hacen que el corazón, cual un pájaro azoado en su jaula, se agite en el pecho ansioso por tomar su vuelo en el espacio. ¿Sería que sentía el corazón lo que al alcance del conocimiento no estaba? ¿Haciale sentir sin expresararlo, que en sus brazos acababa de morir su hija?

Aquella tarde salía un entiero solo y pobre de un casa de Rufina; el cadáver no llevaba caja propia é iba en la caja común. Las vecinas que lo mireban salir murmuraban sordamente como las olas cuando con serena atmósfera hay mar de fondo.

—Qué entierros! esto es una iniquidad! dijo una de ellas dirigiéndose á la tia María que llevaba su consuelo: ¿ni siquiera lleva palma?

—Vosotros no las veis, contestó la anciana, pero lleva esa bendita dos; una de pureza que le ha puesto la Virgen á un lado, y otra de martirio que le ha puesto Nuestro Señor Jesucristo al otro.

—¿Pero por qué no lleva caja blanca y celeste? preguntó otra.

—Porque con ese cadáver de virgen se entiera un negro atentado, contestó la anciana.

—¿Qué quereis decir con eso, tia María?

—Nada, nada, contestó esta; lo que os encargo es, que cuando acabeis el rosario, no olvidéis nunca el padre nuestro por el alma sola,

pues aunque nada tendrá que expiar esa inocente, á Dios agradan la oraciones, sobre todo si se hacen por sus hijos predilectos, los desacomparados.

—EPILOGO.

Si encontráis en la ciudad de Z... á una señora de semblante hermoso y apacible, de talante grave y modesto, de maneras afables y dignas, que viste con humilde puerilidad, encaminándose hácia la iglesia en que está el jubileo, á quien todos los que pasan dejan con respeto la acera, descubriéndose con reverencia sus cabezas, á quien los ancianos sonrín y los pobres bendicen, esa es la empobrecida Justa Villamencia.

Si una tarde de toros veis pasar por el paseo con direccion á la plaza una carretela descubierta en la que se rellana un mal cantante italiano con un cigarro en la boca y á su lado veis una mujer ahuecada con farfalaes y miriñaques, cuya pálida, descarnada y adusta cara aparece entre una aureola de moños, flores y blondas; si veis que al pasar cerca de ellos vuelven los caballeros con disgusto la cara, los jóvenes casquivanos se ríen, y que las gentes del pueblo escarnecen con ese desprecio triturador del fallo popular, tan infalible cuanto espontáneo, esa es la enriquecida Rufina.

Algunos años después, disipado su caudal, destruida su salud, robada y abandonada por sus despreciables amantes, moria Rufina en un hospital, conmoviendo y compadeciendo á las santas hermanas de la Caridad por el modo aterrador con el que en su frenesí y en su agonía repetía: ¡Piedad! ¡Piedad!

MADRID EN SEMANA SANTA.

Romance.

No á la ciudad de los Césares,
ni á las ruinas de Bion
á entonar foistes, amigo,
el santo ayo pecador;
ni á las márgenes del Betis
te llevé tu devoción
á rezar con la Giraldá,
violeta que anda en coló.

Sobre renglones de hierro,
y con mulas de vapor
al ex-aurífero Tajo
te aproximaste veloz.

Tú, que anticuario no eres,
aunque eres pollo y leon,
nada hallarás remarcable
en pueblo tan sin malor.

Calándote pues los lentes,
espacha con atención
lo que en la Santa Semana
acá en la corte pasó.

Segun antigua costumbre
buló mucho el aquilon,
y al escondite jugaba
entre lágrimas el sol.

Las doncellitas casantes
desde quince á... ochenta y dos
sus ayunos demostraban
en sus caras de dolor.

Hasta el sol del quinto cielo
con sostenido y hemol
se elevaban las cacaracas,
instrumentos de pasión.

Llegó el domingo de Ramos,
y á Madrid entupizó
con aureas palmas trenzadas
non lacios de color.

Dió la oliva de sus ramos
crecida contribucion,
y de barbas de romero
cada monte se afeitó.

¡Cuál las iglesias y calles
llenaba de inocuo olor,
de mal tono y nada grato
á los nervios com' el fault!

Bosques de palmas andando
eran los templos de Dios,
y en cada cual de chiquillos
se escondia un escuadron.

¡Dichosos papás que luego
enlazaban con primor
aquellos ramos benditos
en los hierros del balcon!
Mezclados, martes y miércoles,
cada ciego publicó
proclamas, hojas volantes
y la Pasión del Señor.

El Jueves y el Viernes Santo
¡pásmate de admiración!
en Madrid con ser Madrid
ningun coche atropelló.

Encerradas las berlinas,
las yeguas y los landós
¡fraternidad envidiable!
cada quisque era peon.

Vistiendo luto las bellas,
con elegante fervor,
ostentaban sus hechizos
de estacion en estacion.

Para correr las iglesias
cada cual se engalanó,
no porque yendo de gala
nos escuche Dios mejor;

No: que sus ojos penetran
el humano corazón;
mientras los ojos del hombre
solo ven el exterior.

Solo alguno que otro pobre,
no viendo el bando creyó
que era licito aquel día
implorar la compasión.

Por lo demás, ¡cuánto lujo!
¡qué trajes! ¡qué joyas! ¡oh!!!
¡qué opulencia hay en España...!
de trapos y similar!

De plata en ricas bandejas
y en espléndido monton
deslumbraban los retratos
del francés emperador.

Filantropías señoras
hacían la *cuestacion*,
y un lacayo ingerto en loro
era su guardia de honor.

Vertiendo risa llegaban
uno á uno y dos á dos
los amigos á entregarles
su igual y espontáneo don.

«Todas son recién paridas
(uno de Pinto exclamó),
pues todas tienen al lado
su fruto de bendición.»

Acabó el jueves; y el viernes
al punto que amaneció
vi en la plaza de Aflijidos
aguardiente y devoción.

Oí las siete palabras;
y vi que el Hijo de Dios
mas dijo en aquellas siete
que en mil el predicador.

Fuí por la tarde á la casa,
para ver la procesion,
de un hermano del amigo
del primo de tu tutor.

Con adoquines humanos
la carrera se empedró,
y hecho manojo de gente
estaba cada balcon.

Al ver la caballería,
por miedo de alguna coz,
al mar rojo parodiando
la multitud se partió.

No te diré quienes iban:
tú lo has visto como yo
viéndolo el año pasado,
y el otro y el anterior.

Mucho niño, mucho cura,
mucho cofrade y pendon,
mucho pobre bernardino,
coros y árias de fagot;

judios, desamparados,
gallegos con dominó,
sotanas, sables, tricornos,
képis, bonetes, chacós.

En fin, todos de uniforme,
porque ¡inocente afición!
en pudiendo disfrazarse
ya es feliz todo español.

Por supuesto hubo carreras,
que en tal día es de rigor;
algun pañuelo de menos,
de mas algun pisoton.

Por un *similia similibus*
resucitó el Redentor,
andando á tiros el sábado
casi media poblacion.

Nada en la Pascoa Florida
de notable sucedió,
sino algunas frioleras
que guardo para *inter nos*.

Dale pues un par de besos
á la puerta del Cambron;
consérvate bueno y manda
á tu amigo y servidor

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

EL TIMON Y EL PILOTO.

«¿No ves que arrecia el noto
Y la mar erizada se embravece?
Mira, mira, piloto,
¡Qué oscuro aspecto el horizonte ofrece!
No de vana firmeza
Hagas alarde y de valor insano:
Acude con presteza
A precaver el mal con hábil rano.
En el puerto vecino
Marcha á buscar al punto salvamento;
Y no terco el camino
Que emprendiste, prosigas contra el viento.»
Al piloto así hablaba
Un timon que el Océano espacioso
Intrépido cruzaba
Desde el Ganges al Támesis brumoso.
«Al menos, añadía,
Riza la gavia, cala arboladura,
Y tu rumbo varía:
Cede del temporal á la bravura.
¡Que crece la tormenta!
Permíteme virar, ó naufragamos.
Avisado, escarmienta,
Pues á mil buques sucumbir miramos.»
«Mi rumbo no varío,
El piloto responde con despecho:
A la mar desafío,
A la tormenta y temporal deshecho.
Si titulan prudente
Al que se dobla y cede á la violencia,
Renombre de valiente
Me dará mi obstinada resistencia.
Si vence poderosa
La tempestad, os hundireis conmigo,
Y una muerte gloriosa
Hallaré, si mi triunfo no consigo.»
Cual montes que su frente
Al cielo elevan y en la nube ocultan,
Las olas de repente
Se arrojan sobre el buque y le sepultan.
Su tenaz resistencia,
Creuyendo mil un rasgo de heroísmo,
Lanzan con imprudencia
Las naciones que rigen á un abismo.

PASCUAL FERNANDEZ BAEZA.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.